CAZADORES



CAZADORES



Andrés Valencia R.

Catalogación en la publicación – Biblioteca Nacional de Colombia

Valencia Roldán, Carlos Andrés (Andrés Valencia R), autor
Cazadores / Andrés Valencia Roldán. — Primera edición. — Medellín : Valientes Editores S.A.S., 2026.
240 páginas ; 14 × 21 cm.

ISBN 978-628-02-2885-3

1. Literatura colombiana — Siglo XXI
2. Suspense psicológico
3. Thriller psicológico
4. Novela contemporánea

CDD 863.6 ed. 23 THEMA FHX — Suspense / Thriller psicológico

Primera edición

Febrero de 2026

© 2026 Andrés Valencia Roldán
© 2026 Valientes Editores S.A.S.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, almacenada en sistemas de recuperación ni transmitida en forma alguna o por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros— sin autorización previa y por escrito de Valientes Editores S.A.S.

Valientes Editores S.A.S.
Medellín, Colombia

Diseño gráfico y diagramación: Valientes Editores S.A.S.

Impreso por JE&ME Sociedad por Acciones Simplificada
Tiraje inicial: 1000 ejemplares

Impreso en Colombia
Printed in Colombia

Para mi club de lectoras,
lo mejor de escribir
este libro fue conocerlas.

Y para todas las "Lauras" del mundo.

Diario de Sebastián

Día 1 / Conocí a Laura

En la naturaleza hay varios tipos de cazadores; los enumeraría y describiría, pero esto no es una clase de biología, es mi diario de trabajo, el diario de un cazador oportunista. Yo no elijo a una presa, ellas me eligen a mí. No acecho, tampoco embosco y, mucho menos, persigo.

Mi don natural es ver las grietas y, con la elasticidad de una rata, entro por ellas. Corriendo el riesgo de desmeritar mi habilidad, tengo que reconocer que no es necesario un gran talento: las personas desesperadas son fáciles de identificar; tienen un cartel en la frente que dice: escúchame.

No soy un asesino y nunca lo seré; prefiero advertirlo en el tercer párrafo para que los sedientos de sangre y violencia abandonen mi registro de anécdotas, que sirve como un libro crudo, realista y entretenido.

Una vez vi en un documental cómo un guepardo cazaba a una pequeña gacela que cojeaba de sus dos patas traseras. La madre de la cría intentaba levantarla, ayudarla, la empujaba con su hocico; era inútil, la manada las estaba dejando atrás.

El guepardo no fue un simple verdugo para la inválida gacela; actuó igual que un salvador, un redentor que liberó del sufrimiento al pobre animal y depuró al grupo, lo perfeccionó al quitarles una carga que los entorpecía.

Me gusta ir al supermercado en las noches; a veces rondo por los pasillos sin saber qué comprar. Me demoro leyendo la tabla nutricional de algunos productos, especialmente cuando no voy a vomitarlos después de comerlos.

La última vez que compré Snickers me dio un brote de acné; no puedo asegurar plenamente que esté relacionado, pero no quiero correr riesgos.

Ya no cicatrizo como antes: ahora me queda una pequeña mancha blanca que me hace aparentar más edad de la que realmente tengo.

Voy a la caja a pagar una Snickers y uno de esos yogures con dos sabores para mezclar. Sí, llevo la Snickers; al final voy a vomitarla, y eso reduce en gran parte la posibilidad de acné.

La cajera no es una mujer vieja, tampoco joven. Cuida su pelo y sus uñas; los dientes son blancos.

Está muy arreglada para un trabajo invisible; a pesar de que cientos de personas desfilan al frente de ella en las diez horas que dura su jornada laboral, pocos o nadie se fijan en el esmero que pone en verse bien.

—¿Una chocolatina y un yogur? Es una combinación extraña, aunque me gustan las chocolatinas.—me contesta con risa. Es una gacela coja.

—Una cajera de supermercado que se arregla las uñas como una presentadora de televisión tampoco es algo frecuente. —Se ríe más de lo que merecía el chiste.

—¿No tenemos derecho? —me pregunta.

—Más que la presentadora. No me dé el cambio; es mi invitación para su próxima manicure.

—No nos permiten recibir propinas —responde, señalando con disimulo una de las cámaras de vigilancia.

Tomo la Snickers y el yogur. Antes de salir compro otra; regreso a la caja de Laura, leí su nombre en la placa de identificación que colgaba de su uniforme.

—Técnicamente, una chocolatina no es propina, así que puede recibirla —se la dejo cerca de la caja registradora y no espero a que me agradezca.

Día 2 / Laura

Dormí cuatro horas; no es suficiente, pero es más que el tiempo de sueño de las últimas semanas. Me levanté con los ojos rojos; la resequedad empeora por la falta de descanso. El 60 % de mis glándulas de Meibomio están atrofiadas; la alergia mal tratada que me ha acompañado desde niño y que se intensificó en estos diez años pasó factura.

Le temo a una queratitis que lastime la córnea y suba la probabilidad de una conjuntivitis. Mi oftalmóloga se graduó y se especializó en una universidad pública con una beca de financiación en córnea. Me compartió su teléfono; eso me da confianza, es útil. Esta noche volveré a ver a Laura; ojalá encuentre la manera de oler su pelo.

Hoy tengo un almuerzo para cerrar una venta que, de darse, podría dejar de trabajar durante tres meses y seguiría manteniendo mi estilo de vida. Mi cliente es un hombre al que su esposa lo dejó por un compañero de su maestría.

Venderle fue fácil; lo difícil es escuchar su patética historia. Las tres cuartas partes de mis reuniones son del tema que escoja el comprador; en los veinte minutos finales hablo del negocio. Para ese momento, ya me considera un amigo.

Compró más de lo que imaginé; dar esperanza no es una técnica de venta, es un don. No almorcé; la mesera se mordía sus uñas. ¿Cómo, en uno de los mejores restaurantes de la ciudad, contratan a personas con manos tan asquerosas?

Afortunadamente, al pobre hombre, solo le importaba empezar a contar los detalles de su divorcio; le daba igual si comía o no. No le tengo lástima, me usa de la misma forma que yo a él. Si no estuviera pasando por esta situación, no me necesitaría; la vulnerabilidad nos vuelve amables.

Soy libre, me lo gané. Tengo hambre, pero mantendré el ayuno; voy por el mismo perfume que he usado durante años, no lo cambio porque cuando alguien lo huela en otra parte pensará en mí, me recordará.

Aprovecho para entrar a la tienda de maquillaje; le llevaré un set de máscaras a Laura, "Better Than Sex", de Too Faced, aunque no creo que conozca la marca; seguro se dará cuenta de que es mejor que lo que usa. La vendedora me pregunta si lo empaca en bolsa de regalo, le respondo que sí. Sus uñas son impecables; el color combina con su labial. Los restaurantes deberían obligarse a contratar mujeres como ella.

Salgo y me pongo mis audífonos; mi vida es una película que no puede estar sin banda sonora. La música que compuso Danny Elfman para las Batman de Tim Burton merece ser valorada como las Variaciones Goldberg de Bach.

Entro a Starbucks; un capuchino sin azúcar con leche deslactosada será mi compañía en las siguientes horas. Les pido que no escriban nada en el vaso; me molestan las frases que aparentan

amabilidad. Ojalá algún día tengan la valentía de decir la verdad.

Me siento y organizo sobre la mesa el computador; quiero parecer ocupado y no solo. Mis gafas oscuras me permiten observar a las personas sin que lo noten. Verlas en su cotidianidad es mi pasatiempo favorito.

A mi lado hay una mujer en una videollamada; detengo la canción, era "The Cemetery", suena en Batman Returns, en la escena en que el Pingüino visita la tumba de sus papás y finge que los perdona por haberlo arrojado a la alcantarilla, como yo finjo no estar prestando atención a la conversación.

Es dueña de una agencia de publicidad, lo dejó claro; habla con exceso de extranjerismos, queriendo demostrar estatus intelectual y profesional. Se cayó la llamada y aprovecha para peinarse, se retoca el labial; es de MAC, lo tiene hace tiempo porque es de la colección de Cruella, una película que se estrenó varios meses atrás.

Realmente necesita trabajar con esa marca para renovar su kit de maquillaje. Creo que lo va a lograr; usa su belleza como máscara, esa es su función más importante: escondernos detrás de ella.

Me llaman por mi capuchino; algunas personas que esperan lo de ellos me miran, odio que lo hagan. Camino rápido para evitar que el barista vuelva a gritar mi nombre.

Al regresar, veo en la vitrina torta de red velvet; pido una porción para Laura. Combina con el regalo del set de máscaras: uno fue premeditado y el otro parece casual; significa: la vi y pensé que te gustaría.

Voy a ir al terminar su turno; si salimos juntos del supermercado es seguro que acepte mi oferta de llevarla a su casa. Necesito oler su pelo.

Jack el Destripador atraía a las prostitutas con uvas; ellas no se cuestionaban, no dudaban que un hombre bien vestido, en un buen carruaje, les ofreciera las frutas más costosas de la época. Se sentían afortunadas, pensaban que por fin su suerte había cambiado; la desdicha les hacía creer lo imposible.

Hoy, casi cien años después, la lógica femenina sigue siendo la misma; se reemplazaron las uvas por bolsos, zapatos, maquillaje, perfumes…

Mis reflexiones deberían ser ensayos académicos.

La publicista finaliza su reunión, me aburrió y dejé de escucharla. Se levanta de su silla y me da la espalda, lo que me permite ver que le sudaba la parte de atrás de sus rodillas. Soy experto en identificar rasgos humanos en mujeres que se esfuerzan por vender una imagen perfecta.

En una ocasión noté residuos de cera en el oído de la pareja de un cliente muy poderoso, que la exhibía como un trofeo. La luz que entraba por la ventana daba en el ángulo justo para detallar hasta los diminutos vellos de su oreja.

Reconozco que no era falta de limpiarlo o de higiene, me distraía tanto que me costaba disimular la curiosidad que me causaba.

Voy a cine, están reestrenando Drácula, de Francis Ford Coppola; Gary Oldman interpreta un monstruo sin fallas, derrotado por el amor de una mujer. Es cursi si no fuera Winona Ryder por la que muere. ¿A qué olerá su pelo?

El aroma de las crispetas me lleva al tercer círculo del infierno de Dante, donde se encuentran los condenados por gula. Son fáciles de vomitar, pero debo dosificar el truco; el ácido del estómago desgasta el esmalte dental.

La sala está vacía; solo los que valoramos el arte gastaríamos una entrada a una película que se estrenó en 1992.

Me sorprende una vez más el vestuario y el maquillaje; ambas cosas ganaron un Óscar de los tres que se llevó esa noche. Me gusta escribir en estas páginas lo que no tengo oportunidad de hablar con nadie.

Paso por una farmacia, compro jabón, un cepillo de dientes, hilo y crema dental; alquilo la habitación de un hotel que queda en el mismo centro comercial. Me baño; había tina, pero ni loco la usaría. Destapo el perfume y se lo echo a la ropa, no quiero que piense que lo uso por ella.

Son las nueve de la noche y Laura sale a las seis de la mañana; los pensamientos bombardean mi cabeza.

Junto y separo las yemas del pulgar y el índice en pulsos breves, un movimiento que marca y cuenta segundos. Me ayuda a tranquilizar mi mente y logro dormir unas horas.

Me despierta una pesadilla. Soñé que visitaba un desierto lleno de tristeza. Al preguntar: "¿Dónde estoy?", una voz respondía: "Sabes bien dónde estás: en el infierno".

Me calma la idea de que me encontraré con la cajera. La imagino contando monedas y billetes. Estará lo suficientemente cansada como para aceptar que la lleve a su casa.

¿Y si cambió de turno? Eso arruinaría mi plan. Tiene que ser hoy. No esperaré dos horas para comprobar que sí está allá. Subo al carro y voy al supermercado.

Con cuidado me asomo. Respiro al verla en su puesto: su pelo es tan negro que delata el tinte, muy liso. Su belleza es genética; ni siquiera el horrible uniforme que deforma su silueta impide reconocerlo. ¿De quién la heredó? ¿Su abuela? ¿Su mamá?

Regreso al hotel. Me doy cuenta de que lo que acabo de hacer me convierte en un cazador acechador; de hecho, todo el plan con los regalos también me vuelve uno estratégico. Me perfecciono.

Entro a la habitación por la porción de red velvet y las máscaras. Me miro al espejo; debí comprar corrector para ocultar mis horribles ojeras.

Aunque no me pondré ácido hialurónico: puede migrar a la mejilla y persistir durante años.

Repito la misma canción hasta que sea la hora del encuentro. Laura tendrá máximo treinta y tres años, por lo que escojo música que sonó cuando era adolescente para escuchar mientras vamos a su casa.

Parqueo en el supermercado. Todas las celdas están vacías; elijo la última, así hablaré más con ella. Llevo en la mano la torta; las máscaras las dejo en el carro.

Saco de la nevera una lata de Smirnoff, la destapo y camino hacia la caja. Le permito pensar que me vio primero, pero ya me fijé incluso en los aretes que trae puestos.

—¿Usted no duerme? —me pregunta con una sonrisa infantil.

—Ya tendré tiempo de dormir cuando muera.

—¡Qué miedo! ¡No digas esas cosas!

Le teme a la muerte, no a coquetear con un desconocido. Este tipo de mujeres no entiende de coherencias.

—Hoy la propina para ti es una porción de red velvet y una sorpresa que te espera en el carro.

—Jajaja. ¿Estás hablando en serio?

—Siempre.

—Gracias, nunca he ido a Starbuqs. —Detiene su sonrisa para agradecer y leer mal el nombre del

empaque; contengo con esfuerzo mi impulso de corregirla.

—Hoy trabajé toda la tarde en STARBUCKS y pedí una para mí. Me gustó tanto que pensé: "¡Laura debe probarla!". —Hago énfasis en pronunciar Starbucks perfectamente, para que aprenda a decirlo.

Me mira. En sus ojos leo que hace mucho nadie se acordaba de ella.

—Gracias —repite, esta vez bajando la mirada.

—¿No vas a preguntar cuál es el regalo sorpresa?

—Si pregunto, ya no sería sorpresa —dice, creyendo que su respuesta es inteligente. Preguntar no implica que le revele cuál es…

—Jajaja, es verdad —respondo.

—Si quieres, me esperas a que cierre caja y me entregas el regalo.

—Sí quiero.

Busco una revista de economía, me siento no muy lejos con la Smirnoff. Finjo que leo; en realidad, observo cómo la compañera del cambio de turno le susurra algo al oído y la empuja para que le preste atención. Laura sonríe mientras sigue contando billetes. Seguro habló de mí.

Termina, entra al baño. Al salir, sus labios brillan más y su pelo está impecable. Con poco dinero dejaría de ser invisible. Me hace un gesto con la cabeza para

que salgamos del supermercado y acomoda su bolso barato en el hombro.

—¿Me demoré?

—Alcancé a leer toda la revista.

—Exagerado; entonces lees rápido, porque no me demoré.

Sin preguntarle, agarro su bolso para llevarlo. Su primera reacción es evitarlo.

—¿Pensaste que iba a salir corriendo con él?

—Jajaja. Nunca se sabe.

Improvisación e ironía, esta mejorando su humor.

—¿Cansada?

—Sí, son diez horas de pie.

—¿No hay una silla para que alternen la posición?

—No, la gerente dice que da mala imagen a los clientes, que parecemos sentadas en la sala de nuestra casa.

—Eso es fácil de solucionar.

Se ríe, me subestima.

—¿Y tu día? —pregunta.

—Bien.

—¿Solo bien?

—Tus zapatos son chistosos —le digo sin dejar de mirar sus zapatos cuadrados, rígidos, que hacen parte de su uniforme.

—Parecen los de Frankenstein —contesta con algo de resignación.

—Parecen los de la criatura. Víctor Frankenstein fue el doctor que lo creó.

—¿Sabes mucho de monstruos?

—Lo suficiente para protegerte de ellos.

Destapa la caja y empieza a comer la torta con dificultad mientras camina; se esfuerza por utilizar el tenedor de plástico.

—¡Deliciosa! ¿Quieres? —Se detiene para extender su mano con el tenedor hasta mi boca.

La recibo; no me da asco. Sus uñas son perfectas. Definitivamente, el asco es, en gran parte, inversamente proporcional a la belleza. Supongo que también por esta razón no le molesta compartirme torta.

Le ofrezco de mi Smirnoff. Toma dos sorbos grandes.

—¿Qué crees que es el regalo? —Le pregunto.

—¿Por qué quieres arruinar la sorpresa? Ya casi voy a saber qué es.

—Es una Snickers.

—Bueno, eso estaría bien, me gustan las chocolatinas.

Su conformismo es lo que no la deja explotar su físico. La naturaleza le dio una de las armas más efectivas para avanzar y escalar en la vida, pero su mentalidad es mediocre.

Tira a la basura su mayor ventaja. Estoy seguro de que su primera vez fue con el vago del barrio. Quizás trabaja para mantener a algún hombre insignificante que se emborracha los fines de semana y es amante de su mejor amiga. Otra mujer sin ambiciones, igual a ella, pero más joven.

Llegamos al carro; se queda parada frente a él.

—El regalo es llevarte a tu casa.

—Te sale caro, vivo lejos. ¿No me vas a abrir la puerta?

—No me has dicho si aceptas.

—No entiendes mucho de insinuaciones, ¿verdad?

—Prefiero las reglas claras: ¿te llevo a tu casa?

—Parece que me estuvieras proponiendo matrimonio.

—Aún no.

—Sí, acepto que me lleves a mi casa.

Le abro la puerta y entra. En mi celular escribe la dirección en Waze. Estamos a veinticinco minutos.

Su viaje en transporte público debe demorarse el doble. Se sienta y estira las piernas; está cómoda.

—¿Mejor que un bus?

—El señor del bus tampoco me cobra, así que por ahora no lo has superado.

—Está bien. Lo que encuentres en la guantera es para ti.

Me mira riéndose; obedece.

—¿El señor del bus también te regala maquillaje?

—¡Ay, las Better Than Sex, de Too Faced! Me encantan. Son las preferidas de mi hermana.

¿Su hermana? Era mi momento, no el de su hermana.

—Gracias.

—Lo que importa es que sean tus preferidas.

—Las Better Than Sex son las preferidas de cualquier mujer que tenga pestañas.

Vuelve a darme las gracias. Este tipo de personas agradece más de lo necesario; por eso viven con un sentimiento de deuda. Siempre creyendo que le deben a medio mundo.

—Me gusta tu carro —dice, y como una niña impaciente con su regalo nuevo, destapa el set de máscaras, baja el parasol y usa el espejo para maquillar sus pestañas—.

—¿Qué tal? ¿Cómo me veo?

—Quedaste parecida a Betty Boop.

—Espero que sea linda.

—¿No sabes quién es Betty Boop? Ok, entonces pareces Jessica Rabbit.

—¿Qué edad tienes? Espera un momento, ni siquiera sé tu nombre. Me monté en el carro de un hombre que no sé cómo se llama.

—¿El nombre te da alguna garantía? ¿Que sepas cómo me llamo asegura que no sea peligroso? Mucho gusto, Sebastián, 37 años.

—¿Sebastián? ¿37 años? Pensé que te llamabas Andrés y tenías 33 años.

—¿Andrés? No, y cuídate de ellos.

—Demasiado tarde. Tuve una relación que duró cinco años con un Andrés y es el papá de mi hija.

Laura es mamá. No me sorprende; me sorprendería si no fuera así.

—¿Cesárea o parto natural?

—Jajaja, ¿eres ginecólogo? Cesárea.

—¿Quién te cuidó?

—Mi hermana.

—¿Y Andrés?

—Ocupado haciéndole otra niña a mi mejor amiga.

¿Ven? Es tan predecible que deja de ser divertido.

—No importa quién sea el papá. Te hizo mamá, y tu hija volvió valioso algo que no lo era.

—Eso fue lindo. ¡Me gusta esa canción! Me recuerda mis mejores días, cuando no tenía responsabilidades y dormía doce horas.

Mueve los hombros; normalmente me parecería estúpido, pero me agrada verla intentar bailar.

Al acercarme a su casa, saca pastillas de menta del bolsillo y se lleva dos a la boca. No, Laura, no te besaré. No quiero que pienses que debes pagar por mi amabilidad.

—Bueno, esa casa de la esquina es mi humilde hogar. Vivimos en el segundo piso.

—¿Quién cuida las plantas del balcón?

—Yo. ¿Te gustan?

—Atraen insectos.

—¿Quieres subir? Valeria, mi hija, está dormida. No se dará cuenta.

A un hombre desconocido le propone entrar a su casa con su pequeña hija adentro. Estas mujeres juegan a la ruleta rusa a diario.

—Te haría gritar. Se despertaría.

—Jajaja, te tienes mucha confianza.

—¿Cuándo descansas? —le pregunto.

—Pasado mañana.

—Te invito a almorzar.

—Puedo salir hasta las cuatro de la tarde porque voy a ir a cine con Valeria.

—Te recojo a las 11:30 de la mañana. Ya sé dónde vives.

—11:30, pasado mañana. Sebastián, gracias… gracias por la torta y el maquillaje.

Se acerca para darme un beso. Cambio de opinión. La beso. Antes de hacerlo, le pongo mi mano en la mejilla y la llevo detrás de su oreja. Siento esos vellos finos que nacen en su cuello. Cierra los ojos. No abro mucho la boca; ella tampoco. Le doy un beso sin que las lenguas se toquen, me retiro y repito.

—Tus besos saben a torta de red velvet —le susurro en el oído.

Por fin huelo su pelo. Está limpio; el olor de champú barato se mezcla con el sudor de un día de trabajo. Su aroma natural podría embotellarse y venderse en perfumerías.

Me besa; esta vez sí usamos la lengua, Laura más que yo. "Sube", me dice sin dejar de comerme los labios. "A su tiempo", le contesto, recordando la famosa frase de El exorcista, cuando Karras le pide a Regan abrir el cajón de nuevo mientras ella sigue amarrada a la cama.

A las lectoras de mi diario —que seguro serán muchas— les ofrezco disculpas por cortar la escena erótica con terror, pero este libro no es una de esas tontas películas de Christian Grey.

Muerdo sus labios al final para que me recuerde hasta que nos volvamos a ver.

—Me asustan tus besos —me confiesa—. Reconozco los besos peligrosos y los tuyos son mortales.

—No te vuelvo a morder, para que sean inofensivos.

—Jajaja, me dolió. Sebastián, gracias por traerme y por los regalos.

—Gracias a ti por aceptarlos.

Se baja del carro y camina hacia la puerta. Espero a que entre. Se despide levantando la mano.

De regreso a mi apartamento, pienso en las incoherencias tan descuidadas de 50 sombras de Grey, un libro convertido en fetiche que se dedicó a cumplir fantasías irreales de un grupo de mujeres insatisfechas.

El contrato ocupa más de un tercio de la narrativa: Christian insiste en reglas, límites y formalismos legales que luego desaparecen casi por completo.

No se firma y carece de efecto dramático; es un MacGuffin mal ejecutado. Sin hablar de que no tiene peso legal por las distintas leyes que viola. Es insostenible en un tribunal.

La personalidad de Christian se ajusta por pura conveniencia de la autora. No hay un trabajo serio, comprometido ni laborioso. Nulo rigor psicológico.

Definitivamente, el canon del thriller psicológico es Thomas Harris; para crear a Hannibal Lecter realizó una investigación profunda y prolongada en la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI.

Pero la mayoría de mujeres esperan con ansias ser engañadas, creer —así sea por un breve instante— que un multimillonario herido no solo las rescatará, sino que ellas lo van a sanar.

Si esto quedara en el terreno netamente hipotético, sería inofensivo; el problema es que, en realidad, hay muchas "Lauras" intentando cambiar a "Andrés".

Están convencidas de que, con docilidad, sumisión o incluso un hijo, convertirán a ese dañino hombre en el príncipe de sus sueños.

Te respeto, Thomas Harris. Te desprecio, E. L. James.

Miércoles

Me despierto a las 4 de la mañana, voy al baño a orinar y, en el block de notas de mi celular, escribo una carta para la gerente y dueña del supermercado. Una mujer mayor que perdió a su esposo el año pasado. Será fácil de intimidar.

Les notifico formalmente que obligar (porque eso es obligar) a sus cajeras a permanecer diez horas de pie constituye un riesgo laboral grave. Ya cuento con tres casos documentados de trabajadoras de su establecimiento con várices avanzadas, dolor lumbar incapacitante y otros daños asociados.

Si no instalan sillas a la menor brevedad posible y en todas las cajas, iniciaré de inmediato las acciones legales: tutela, demanda y denuncia ante el Ministerio de Trabajo.

También estoy preparado para hacer público y enviar a diferentes medios de comunicación el material (historias clínicas, videos y fotografías) que he recopilado a lo largo de nueve meses de investigación.

No recibirán un segundo aviso. Sale más barato para usted tomarme en serio que un proceso legal, donde además los clientes estarán del lado de las mujeres sometidas por sus absurdas reglas estéticas.

Un humanista considerado.

Vuelvo a dormir usando el truco de las yemas de los dedos. Yo lo inventé. Ojalá las reflexiones, técnicas y el conocimiento que deposito en este diario sean valoradas en un futuro como un manual de vida.

Me despierto a las once de la mañana. Sin cepillarme los dientes y aguantando las ganas de orinar, llamo a la floristería. Encargo el ramo grande: diez tulipanes blancos "White Parrot" para Laura. En la cultura popular parece un regalo común; la verdad es que muchas mujeres no han recibido flores, y menos en su lugar de trabajo.

Almuerzo con un paquete de Doritos y Coca-Cola sin azúcar. No tengo nada que hacer. Veo, una vez más, Las vírgenes suicidas, de Sofía Coppola, la hija de Francis Ford Coppola. Es su ópera prima, basada en el libro con el mismo nombre que escribió Jeffrey Eugenides. La odié por su actuación en El Padrino III; me volvió a recuperar dirigiendo una de las mejores adaptaciones de una obra literaria que haya visto en mi vida.

Ahora que lo pienso, no intercambié números de teléfono con Laura. Aunque ese trabajo no le da margen para revisar conversaciones. Me gustaría encontrarme con ella hoy. No tengo muchas ganas de escribir...

Llega la noche. Necesito Rivotril; la yema de los dedos no es suficiente. A veces me siento idiota escribiendo este diario, pero el propósito de que se publique y logre iluminar a los lectores debe —tiene que— ser mayor que mi poca voluntad.

El almuerzo

Dormí bien; el Rivotril es un milagro de la medicina. Lo tomo a diario por unos meses y luego suspendo su uso entre tres o cuatro semanas para cortar la tolerancia y la dependencia. Pocas cosas son más catastróficas para el hombre que no ser dueño de sus acciones.

Elijo una camisa negra; es mi color favorito. Me maquillo las ojeras y me demoro peinándome. Me echo perfume una hora antes, prefiero que Laura lo huela cuando ya se haya asentado el aroma.

En el camino entro en una tienda que vende productos de jardinería. Es todo un mundo que no quiero conocer. No entiendo cómo hay personas a las que les gusta tener un criadero de moscas en su casa. Son un condominio de insectos.

Parqueo al frente de la casa de Laura; son las 11:30 y no está afuera esperándome. Me bajo del carro y toco a su puerta. Nadie abre; me impacienta pensar que no cumplirá la cita. Doy la espalda y miro a ambos lados de la calle.

—A la orden, señor —me dice al salir.

Tardo en responder; mi sorpresa al verla es natural. Es difícil de creer que es una cajera de supermercado. Extrañamente, su abdomen es plano, como si no perteneciera a su mismo estrato social. La camisa de su uniforme lo escondía injustamente.

Una falda negra plisada de Zara que cae un poco debajo de sus rodillas, un crop top gris de manga larga ajustado a su cuerpo y sandalias también negras de tacón ancho no es el gusto de una mujer con su salario.

—Vengo a entregar un domicilio —le contesto.

—¿Torta de red velvet? Ah, no, esta vez son 24 lindas trampas adhesivas para moscas con diseño en forma de girasol.

—Para tus plantas.

—Ayer me sorprendes con tulipanes blancos al trabajo y hoy con trampas para insectos. A propósito, gracias, y tenemos que hablar de eso.

—¿Tulipanes blancos? Yo no te envié tulipanes blancos.

—¿No? Perdón, me confundí, entonces tuvo que ser mi esposo.

—¿Tu esposo?

—¿Podemos hablar en serio? No tengo esposo y tú eres el único hombre en este mundo que me regalaría tulipanes.

Vamos hacia el carro; susurra algo que no logro entender.

—¿Qué dijiste? —le pregunto.

—Que eres el único hombre que me regalaría tulipanes… los otros me regalan rosas.

Su chiste no es divertido, este menos que cualquiera. Finjo que lo es.

Le abro la puerta del carro. Podría jurar que huele a Devotion, de Dolce & Gabbana.

—¿Qué me ibas a decir acerca de los tulipanes?

—Me los enviaste a mi trabajo. Mis compañeras no dejan de preguntarme quién fue y no quiero contarle a nadie. La gerente me llamó la atención: que en horario laboral no puedo recibir ningún tipo de regalos.

—¿Tú vas al gimnasio, Laura?

—¿No me acabas de escuchar lo que te dije? Sí voy al gimnasio, todos los días a las 5 de la mañana.

—Tienes un abdomen lindo.

—Jajaja, gracias. Me he engordado.

Pienso en los hombres que la han disfrutado sin merecerlo, los que besaron su cuerpo sin hacer el mínimo esfuerzo. Si no tuviera una meta clara, me sentiría tonto halagándola sin necesidad para accederla. Es una mala negociante que no supo y nunca sabrá darse el precio que realmente vale.

—¿A dónde vamos a ir a almorzar?

—Reservé en Roscioli.

—No lo conozco.

—Es de cocina italiana. Abrió la semana pasada.

—¿Por qué no me saludaste con un beso? —me pregunta—. ¿No te gustó el beso que nos dimos?

Me detengo en medio de la calle. Los carros que están detrás de nosotros no esperan mucho antes de empezar a pitar. La beso como si estuviéramos en una tranquila banca de un muelle frente al mar. A ella no le importa que nos acosen para que continuemos; a mí tampoco. Se ríe sin dejar de besarme.

—¿Contenta?

—Sí, esta vez no me mordiste.

En el restaurante, elijo un lugar en una de las esquinas, alejados de todos. Los cinco hombres que hay no pueden evitar mirar a Laura. La tomo de la mano y caminamos hasta la mesa. El mesero se acerca.

—Buenas tardes. Soy Marco y estaré a cargo de ustedes el día de hoy. Para empezar, les recomiendo…

—Gracias, Marco, no es necesario que nos recomiendes —lo interrumpo—. Queremos de entrada un carpaccio de res, otro de pulpo y una burrata cremosa con tomates cherry asados. ¿Qué quieres tomar? —le pregunto a Laura.

—Una botella de agua sin gas.

—Dos botellas de agua sin gas, por favor.

Marco se aleja.—Nunca aceptes las recomendaciones de un mesero. Siempre son los platos que no se venden bien.

—¿Solo acepto tus recomendaciones?

—Cuando esté contigo, tú de lo único que tienes que encargarte es de mantener el pelo sin frizz.

—Jajaja. Es una tarea difícil, pero acepto el trato.

—¿Qué película vas a ver con tu hija?

—El concierto de Cherry Bloom en Londres.

—¿Cherry Bloom?

—Es un grupo femenino de K-pop.

—Era cuestión de tiempo para que los asiáticos se tomaran Occidente. Hay casi tres de ellos por cada uno de nosotros.

—Yo las conozco por mi hija. Mi último grupo favorito de música fue RBD.

—Las canciones de RBD son efectivas.

—No seas sarcástico, Sebastián.

—No lo soy. "Este corazón", "Sálvame", "Sólo quédate en silencio"... canciones que artísticamente no son complejas, pero sí muy enganchables. La mejor es "Inalcanzable".

—Jajaja, de verdad te gusta RBD.

—La letra no es pretenciosa; está diseñada para ser clara, no sofisticada. Es inteligente porque entra de manera directa al corazón de los desconsolados...